

ANTONIO BLANCH *

LUIS ALONSO SCHÖKEL, INTÉRPRETE LITERARIO DE LA BIBLIA

Aunque no siempre ha sido suficientemente reconocido y menos todavía estudiado, el hecho es que las Sagradas Escrituras forman un conjunto extraordinario de obras literarias, algunas de ellas de tan alta calidad que bien pueden considerarse como obras maestras de la literatura universal. Lamentablemente aquella desatención por parte de los exegetas cristianos, hizo que hasta la segunda mitad del siglo XVIII no se produjeran estudios estilísticos serios sobre alguna de estas obras. Entre los más ilustres pioneros de ese necesario acercamiento estético cabe mencionar al obispo anglicano Robert Lowth (*De sacra poësi hebraeorum*, 1753) y al teólogo y crítico literario alemán Johannes G. Herder (*Vom Geist des Hebräischen Poesie*, 1782). Pero no será hasta el comienzo de nuestro siglo que aparecerán los importantísimos estudios de Hermann Gunkel (†1932) sobre el Génesis, los profetas y los salmos, que habían de revolucionar la hermenéutica bíblica, al integrar en ella conceptos tan fundamentales en la crítica literaria como el análisis de las formas y a los géneros o la atención especial a

* Jesuita. Barcelona 1924. Crítico literario. Director de Fe y Secularidad y autor, entre otras, de *La poesía pura española. Conexiones con la cultura francesa*, Madrid 1976, y *El hombre imaginario. Una aportación literaria*, Madrid 1995.

los «contextos vitales» donde se habían gestado esas monumentales creaciones artísticas.

Pues bien, es en ese surco innovador, abierto por este último investigador germánico, donde hay que situar al profesor Luis Alonso Schökel. Sus extraordinarias dotes de filólogo y de analista literario, junto con su notable erudición bíblica y su incansable actividad de investigador y de publicista, le permitieron realizar una extraordinaria obra original, que le califica como uno de los pocos y más insignes intérpretes literarios de la Biblia, en esta segunda mitad del siglo xx.

Aún hoy día es llamativa la poca atención prestada por los comentaristas a los aspectos literarios y estéticos de las Escrituras. Algunos exegetas consideran ese acercamiento como poco científico o poco riguroso. Otros dudan todavía del posible valor significativo de la forma literaria, considerando las formas como algo extrínseco a los contenidos conceptuales de los textos. Y es posible que ciertos excesos recientes del formalismo en la crítica literaria puedan haber justificado, en algunos casos, esa prevención. Pero, aun reconociendo los posibles abusos, el mismo Alonso Schökel reaccionó siempre con lucidez, defendiendo y demostrando científicamente el valor esencial de las formas literarias para determinar el contenido de una obra. Recuerdo que solía decir, y lo ha escrito varias veces¹, que si para las ciencias la forma sirve al sentido, en literatura no es así sino que la forma crea el sentido, de tal manera que no es posible alcanzar el pleno significado de una obra artística prescindiendo de sus formas lingüísticas y estilísticas. En el extraordinario empeño que puso Schökel durante toda su vida por estudiar y por hacer ver la importancia capital de ese principio hermenéutico, reside gran parte de su mérito como exegeta y como traductor. Y en su caso no es superfluo decir que su obra ha llenado un gran hueco, pues gracias a ella ya no está justificada la queja que formulaba hace unos años el gran crítico literario canadiense que fue Northrop Frye, cuando escribía: «La ausencia de una auténtica crítica literaria sobre la Biblia en nuestro tiempo (...) está dejando un enorme vacío en nuestros conocimientos sobre el simbolismo literario en su conjunto, vacío que las nuevas aportaciones de la crítica no son capaces de llenar»².

Dejando para otros colaboradores de este mismo número de la revista, la exposición de los grandes logros teológicos y el recuento de sus numerosas publicaciones científicas, me limitaré en este artículo a re-

¹ Véase, como ejemplo, «Problemas hermenéuticos de un estudio literario de la Biblia», en *Hermenéutica de la Palabra*, I, pp. 163-176.

² NORTHROP FRYE, *Anatomy of Criticism. Four Essays*, 1956, p. 315.

cordar las líneas fundamentales de la labor de Luis Alonso Schökel como intérprete literario de la Biblia.

1. EL JOVEN PROFESOR DE LITERATURA

La persistente y brillante dedicación de Luis Alonso Schökel a lo literario y a lo estético más en general, tiene sus orígenes sin duda en sus propios talentos naturales, pero más en particular cabe decir que esa vocación se decidió en sus propios intensos estudios de humanidades, que realizó, como joven jesuita, en Marquain (Bélgica) y en Salamanca de 1937 a 1940, bajo el magisterio competente y contagioso de los PP. Javier Baeza y Enrique Basabe. Años adelante, a sus 23 años de edad, ya le encontramos hecho todo un profesor de literatura en el seminario menor de la Universidad Pontificia Comillas (Santander). Conviene detenerse un poco y recordar este tiempo de magisterio (1943-1946) por la enorme influencia que iba a tener en su futura carrera de investigador de la Biblia. El mismo lo confesaba muy poco antes de morir: «... mi interés y afición por la Biblia se despertó o tomó cuerpo en los años de mi magisterio, como afición literaria paralela»³.

Afortunadamente, además de los testimonios que pueden ofrecernos todavía hoy algunos de sus antiguos discípulos de entonces, disponemos de abundantes escritos suyos con las materias y métodos didácticos de aquellos entusiastas años de enseñanza. Nos fijaremos aquí en tres de sus publicaciones de entonces: *Historia de la literatura griega y latina* (1945), *La formación del estilo. Libro del profesor* (1947) e *Introducción a la poesía moderna. Antología y crítica de poetas castellanos del siglo xx* (1948).

Evaluada en su conjunto estos trabajos permiten deducir sin dificultad dos conclusiones, respecto al talante personal de este joven profesor de literatura. La primera es una marcada y constante preocupación por formar y no sólo por informar a sus alumnos. Fue antes que nada un educador, interesado en ir aduciendo de cada uno de ellos el reconocimiento personal de lo que él les iba proponiendo. Por ello se afanaba en exponer las materias con gran claridad y con una admirable precisión pedagógica, justificando siempre con razones y ejemplos sus principales afirmaciones. Se entregaba animosamente a cada uno de

³ «Recuerdos autobiográficos», en *Noticias mensuales de la Provincia S.J. de Castilla* (diciembre 1998), p. 34.

sus alumnos para conseguir que fueran por sí mismos capaces de enfrentarse luego directamente con las obras. La otra cualidad de conjunto de la tarea de Schökel como profesor, era su notable facilidad para poner por escrito los resúmenes y síntesis pedagógicas, los análisis y comentarios de textos sobre los diversos autores que iba explicando en clase. De ahí surgieron, casi sin corregir, los libros citados más arriba, textos de increíble actualidad, cuajados de ejemplos y de certeros juicios estéticos.

Pero lo que más nos interesa subrayar aquí, en relación con la tesis de este artículo, es la marcada inclinación que ya mostraba ese joven profesor hacia los análisis de lingüística y de estilo literario, tanto al estudiar los autores clásicos greco-latinos como cuando explicaba los modernos poetas o prosistas españoles. Pues bien, esa afición dominante por todo lo estilístico, marcará desde entonces, de modo específico y original, su extraordinaria carrera de crítico, comentarista y traductor de la Biblia. A lo cual hay que añadir, siempre pensando en aquellos sus primeros años de profesor, su inteligente tarea de iniciador en el difícil arte de la expresión oral y escrita. Llama la atención lo bien que supo armonizar en esta tarea las más difíciles nociones teóricas sobre el lenguaje y el habla con los ejercicios prácticos de imitación, improvisación y creatividad poética. Esto explica, entre otras cosas, el gran éxito de aquel su libro primerizo *La formación del estilo*, que cuenta ya con ocho ediciones y que, al cabo de casi cincuenta años, fue profundamente renovado y actualizado por el propio Schökel en una de sus últimas obras *El estilo literario: arte y artesanía* (1995). En lo fundamental insiste el autor en los mismos temas de antaño, con procedimientos muy útiles para lograr un estilo propio, que consiga expresar lo mejor posible las vivencias particulares de cada uno. Evidentemente, esa nueva y permanente preocupación de Schökel por relacionar el estilo con la experiencia personal tendrá también un notable influjo en el arte de interpretar la experiencia interior de los autores bíblicos inspirados, a partir de los recursos expresivos de su estilo literario.

2. ANÁLISIS ESTILÍSTICO

No hace falta ser un experto en crítica literaria para saber que son muchas las formas de interpretar una obra. Desde los tiempos del clasicismo antiguo, las más frecuentes fueron, durante más de un milenio, las que ofrecían los tratados muy bien codificados de la poética y la re-

tórica. En la edad media se añadieron nuevas técnicas para la averiguación del sentido alegórico y espiritual de los textos (especialmente en la exégesis bíblica). Y ya en plena edad moderna, junto a una nueva interpretación romántica más esteticista, se fueron introduciendo métodos historicistas, sociológicos y aun psicológicos, según iban avanzando estas disciplinas crítico-positivistas, que se iban aplicando a todos los saberes. Pero fue sobre todo la crítica lingüística, tan intensamente desarrollada desde las últimas décadas del siglo pasado, la que supondrá el mayor avance en la interpretación de las Sagradas Escrituras, primero en el campo de la exégesis protestante y finalmente también en el de los comentaristas católicos.

Pero, para entender mejor el mérito y la originalidad de la obra de Schökel, hay que acertar a situarla, dentro del amplio espacio de la crítica lingüística, en el ámbito más específico de la crítica poética y estilística («Stilforschung»), tal como se verificaba, por ejemplo, en el grupo de Munich, desde 1920, por investigadores literarios tan insignes como los profesores Karl Vossler o Leo Spitzer. Las premisas más renovadoras de esta escuela de intérpretes era, en primer lugar, el considerar cada obra como un universo en sí, al que había que intentar comprender no desde fuera sino desde sus propios elementos expresivos (los significantes). Por el análisis pormenorizado de todos esos signos se irá descubriendo no sólo el contenido conceptual de la obra sino los otros contenidos (afectivos, imaginativos, etc.) tan esenciales o más que el de las ideas. Este era el segundo principio hermenéutico de la escuela. Al cual había que añadir, en tercer lugar, que para conseguir ese entendimiento complexivo era imprescindible fijar el estilo singularísimo de cada obra, mediante el estudio de los procedimientos lingüísticos y poéticos empleados por el autor. Descubrir el estilo específico y pormenorizado de una obra literaria era la única manera de entender las motivaciones y experiencias más íntimas de quien la había producido. En España el más conocido introductor de estos métodos innovadores en la interpretación literaria fue el profesor Dámaso Alonso.

Pues bien, siguiendo a estos maestros y a algunos otros, que el propio Schökel estudió y cuyas principales aportaciones él mismo resume en alguno de sus libros más teóricos, consigue plantear nuestro autor los principios que van a presidir su propia tarea de hermeneuta literario de la Biblia. Dos son, en efecto, las obras que podrían tomarse como programáticas de su tarea: la primera y principal son sus *Estudios de poética hebrea* (1962), donde recoge lo principal de los autores mencionados, para pasar luego a sistematizar su propia forma de entender el aná-

lisis estilístico y para terminar aplicándolo a textos de alta calidad poética, tomados de los libros de Isaías. El otro libro de teoría estilística, que recoge las principales intuiciones y materiales del primero, es el *Manual de poética hebrea* (1987), publicado veinticinco años después.

Tanto en sus escritos como en sus clases universitarias, comenzaba siempre el profesor Alonso Schökel por establecer la importancia capital del estudio de la lengua en que una obra ha sido escrita. La lengua de un pueblo, de un lugar y de una época es el primer referente global que hay que conocer para fijar el material semiótico del texto que analizamos, lo cual nos permitirá ir entendiendo luego el estilo particular del autor que está usando esa lengua según las exigencias singulares de su mundo interior. Pero, además, el lenguaje literario —y el de la Biblia siempre lo es— por no ser un lenguaje ordinario ni técnico, exige una especial atención al tono estético de la obra y nos impone la obligación añadida de ir captando el sentido de sus principales elementos imaginativos (simbólicos) y patéticos.

Con estos propósitos bien establecidos, se entregaba Schökel a estudiar con todo rigor y detalle los diversos recursos lingüísticos y estilísticos de la literatura hebrea. Como buen músico y poeta que él mismo era, comenzaba siempre analizando los componentes sonoros y rítmicos de un texto; pasaba luego a los procedimientos más propiamente estilísticos, tales como el paralelismo, la sinonimia, la antítesis, etc.; y se detenía con especial interés en el estudio de las imágenes, así como en la determinación de los elementos estructurales y de las articulaciones sintácticas. Y no se vaya a creer que, con tanta ciencia acumulada, el trabajo hermenéutico que Schökel proponía pecase de mecánico o erudito; todo lo contrario, la gran inteligencia y la finísima sensibilidad estética que le caracterizaban convertían sus análisis más técnicos en comentarios muy originales y creativos, como quien estuviera dialogando personalmente con un autor remoto, de quien estaba él descubriendo su secreto íntimo, a miles de años de distancia, gracias a la profunda comprensión de su obra⁴.

Acertar a descubrir en cada obra esa unidad interna vital, desde donde se puede justificar toda su coherencia poética, fue, sin lugar a dudas, el mayor logro de todos los trabajos hermenéuticos de Schökel. Desde este núcleo generador se iba iluminando luego el complejo universo de relaciones discursivas y de sugerencias emotivas e imaginarias. Al tra-

⁴ Para comprender mejor en su conjunto este método de Schökel, es bueno leer su artículo «Modelos y métodos», en *Hermenéutica de la Palabra*, I, cap. 11.

tarse de textos literarios tan antiguos y extraños, como los de la Biblia, se entiende además que ese método estilístico, tan integrador de lo externo y lo interno de una obra que a veces parece inspirado en algunas técnicas arqueológicas, resulte tan eficaz y en algunos casos tal vez el único que pueda aplicarse a documentos desprovistos por lo general de datos históricos sobre el autor y sus circunstancias.

Para conocer más concretamente cómo aplicaba Luis Alonso Schökel su valioso método a los textos que iba estudiando, deberían leerse tantos y tantos comentarios literarios, que él mismo ha ido publicando a lo largo de su vida, sobre todo aquellos que acompañan a muchas de sus mejores traducciones de los libros sagrados. A esta su ingente tarea de traductor voy a referirme un poco más adelante. Fijémonos ahora sólo en dos ejemplos, en dos de los textos literarios del Antiguo Testamento por los que siempre manifestó nuestro autor una especial preferencia: los libros poéticos del profeta Isaías y el libro de los Salmos.

Muy al comienzo de su carrera de crítico literario, habían solicitado su atención los libros poéticos de Isaías, obras maestras de la literatura universal, pero de muy difícil interpretación y quizás por ello especialmente provocativos para ensayar sus propios métodos. Durante varios años y mientras preparaba su tesis doctoral, se entregó Schökel a esa costosa tarea de desentrañar el sentido integral de estos intensos y brillantes poemas. Comenzó analizando con especial agudeza el llamado «Libro de Emmanuel» (Is 7-12), el libro de los oráculos (Is 13-23) y las otras dos series de poemas del primer Isaías⁵. Y continuó estudiando y traduciendo el conjunto de toda la obra de Isaías, así como las de los demás profetas⁶. En todos estos comentarios llama poderosamente la atención la maestría con que se nos va mostrando para cada unidad poética el valor expresivo particular del estilo, las estructuras internas y su esencial correspondencia con los recursos lingüísticos, todo ello permitiendo luego una mayor precisión en la interpretación teológica de cada fragmento.

No han sido menos importantes los estudios y comentarios que Schökel dedicó, desde muy pronto, al libro de los Salmos. Quizás pueda decirse que esa preciosa colección de poemas e himnos haya sido el conjunto de textos que mejor conociera y explicara a lo largo de toda su vida, con traducciones y comentarios no sólo académicos sino orienta-

⁵ L. ALONSO SCHÖKEL publica el resultado de estos trabajos de análisis estilísticos en e citado libro *Estudios de poética hebrea*, pp. 365-523.

⁶ Véase la monumental obra, en dos volúmenes y en colaboración con JOSÉ LUIS SICRE, *Profetas. Comentario* (1980), con extensos comentarios literarios y teológicos.

dos también a la oración y meditación de los fieles cristianos. Del extraordinario resultado de sus análisis estilísticos así como de la penetrante comprensión del sentido y de la verdad espiritual de cada salmo, tenemos un magnífico ejemplo en la extensa obra, publicada en 1981, *Treinta Salmos: poesía y oración*. Siguiendo en ella los pasos de su admirado antecesor Hermann Gunkel, intenta también Schökel llegar para cada salmo a la experiencia religiosa del autor. Es más, disintiendo en parte de su maestro, se atreve a establecer una lógica estructural para cada unidad poética. Y es realmente admirable la gran agilidad con que se mueve nuestro autor hasta llegar a justificar la correlación de las formas externas e internas, que determinan el sentido de cada composición. Pero esta admiración aumenta cuando el lector recibe a continuación una atinada explicación de conjunto, formulada siempre con gran sencillez, sobre el profundo sentido religioso de cada poema.

3. DIOS NOS HABLA EN LENGUAJE HUMANO

Hasta ahora, y por habernos centrado en el carácter literario de los trabajos de Schökel, poco hemos dicho de la especial e ineludible tarea de la crítica literaria aplicada a la Biblia, que es el conocimiento de la revelación religiosa que por ella se nos comunica. Estos importantes textos sagrados exigen, en efecto y por su misma condición, una doble función interpretativa, la literaria y la teológica. Funciones complementarias y en ningún modo excluyentes, sobre todo cuando estos estudios los realiza un hermeneuta creyente. Por desgracia, como ya dije, no son muchos los exegetas interesados, o simplemente bien capacitados, para realizar ese doble acercamiento literario y teológico. De ahí, una vez más, la especial significación de Luis Alonso Schökel como exegeta bíblico, en cuanto que en él se unían armoniosamente esas dos capacidades.

Desde el comienzo de su docencia en el Instituto Bíblico, se dedicó a estudiar, muy intensamente también, la delicada cuestión de saber cómo en todas esas escrituras, redactadas por hombres, se comunicaba de algún modo la Palabra de Dios. Afortunadamente la teología bíblica católica se estaba abriendo por aquellos años a una serie de ideas renovadoras sobre esta cuestión, que acabarían siendo formuladas en el mismo Concilio Vaticano II (1965), sobre todo en la constitución «*Dei Verbum*», en cuya elaboración había tenido no pequeña parte el propio profesor de Schökel, el P. Agustín Bea, S.J, recién nombrado cardenal.

Pensando en sus propias clases en el Instituto Bíblico, ya había redactado Schökel, desde su residencia de Jerusalén, un tratado sobre el gran misterio de la Revelación, estudiado, naturalmente, a la luz de las ciencias del lenguaje. Si se admite que es gracias a su capacidad verbal como consigue el ser humano el gran logro espiritual de poderse expresar y comunicarse a los demás, es muy comprensible que Dios haya escogido también este medio para comunicarse Él mismo a los hombres. Gesto comprensible pero no por ello menos admirable, pues supone una especie de condescendencia al abajarse a los niveles del habla humana; abajamiento que se verifica de una forma más plena todavía en la encarnación del Hijo en la naturaleza humana. Y lo más interesante y consolador es que en ambos casos, en la palabra o en la carne, hallamos una actividad divina de revelación salvífica. En lo referente a la palabra, hay que reconocer, en efecto, que en las escrituras sagradas Dios aparece como autor verdadero, pues es Él el que toma la iniciativa e inspira eficazmente a los redactores. Por su parte, cada redactor humano se pone a escribir porque ha tenido una especial experiencia de Dios y necesita comunicar lo que ha experimentado, puesto que lo ha sentido como algo que debe ser comunicado al pueblo fiel. Su mensaje escrito, por consiguiente, puede muy bien entenderse como palabra simultáneamente humana y divina⁷.

Esto supuesto, y ya que las Sagradas Escrituras deben considerarse también, según Schökel, como una obra literaria, no se logrará una plena interpretación de las mismas si no se analizan también literariamente. Entendiendo bien que lo literario o lo estético de tales textos no es un simple añadido puramente humano, sino que forma parte esencial de la experiencia religiosa original y por lo tanto tiene mucho que ver con el mismo mensaje divino. Porque Dios no sólo informa asépticamente sino que también interpela, corrige, se queja o expresa los matices de su amor de tal manera que las formas expresivas del autor humano corresponden directa y primariamente al autor principal. Y así no es de ningún modo incorrecto decir que Dios mismo se comunica como un artista, en cuanto que es creador original de una obra realmente artística y profundamente bella.

⁷ Para hacerse cargo del pensamiento de SCHÖKEL sobre este aspecto de la revelación, debe leerse su obra fundamental y ampliamente conocida en el mundo, *La Palabra inspirada. La Biblia a la luz de las ciencias del lenguaje* (1960), a la que conviene añadir la otra obra escrita en colaboración de ANTONIO M.º ARTOLA, *La Palabra de Dios en la historia de los hombres (Comentario temático a la constitución «Dei Verbum»* (1991).

Esta novedosa doctrina sobre «la palabra inspirada» de la revelación bíblica, que Luis Alonso Schökel irá desarrollando y aplicando durante toda su vida en todos sus copiosos comentarios, quizás pudiera resumirse, como él mismo lo sugirió, en dos supremos valores, que potencien el lenguaje humano y lo abren a un orden de significaciones realmente trascendentes. El primer valor sería el de la Verdad, efecto de una presencia especial del Verbo (o «Logos») divino, en las afirmaciones humanas. Lo cual daría una coherencia y autenticidad muy particular al conjunto de cada obra y le aseguraría además la inerrancia o ausencia total de engaño. El otro valor trascendente de estas Escrituras inspiradas por Dios sería el de la especial fuerza o eficacia de la Palabra, entendida ahora más bien como Espíritu creador (o «Pneuma»), que dinamizaría muy especialmente los elementos más poéticos o dramáticos, así como los efectos proféticos, didáctico-sapiencial o apocalíptico de este lenguaje. De todo ello se derivaría la enorme responsabilidad que tiene la Iglesia en la custodia de estas divinas Escrituras y en su permanente lectura e interpretación, para poderlas proclamar ante la comunidad de creyentes con toda la frescura de su fuerza luminosa y de su inmensa eficacia siempre actual.

4. EL ARTE LITERARIO DE LA TRADUCCIÓN

Otro de los permanentes afanes de este gran escritorista y pedagogo, que fue Luis Alonso Schökel, consistió en no dejar de comunicar a los demás los más interesantes hallazgos que iba logrando en sus infatigables estudios de interpretación. Y muy pronto entendió que la mejor manera de realizar esta comunicación era ir ampliando el ámbito todavía estrecho de sus doctas disertaciones para la comunidad científica, con los trabajos de la traducción directa al castellano del mayor número posible de textos hebreos y griegos, de la forma más inteligible, impresionante y castiza de que él fuera capaz. Con el tiempo y gracias también a la competente colaboración de algunos expertos —entre los que se contaban no pocos antiguos alumnos suyos— consiguió culminar esta gigantesca tarea de traducir toda la Biblia. Primero fue apareciendo la larga serie de «Los libros sagrados» (1969-1971) y luego, poco a poco, la traducción global en la *Nueva Biblia Española* (1975), hasta llegar a publicar, muy poco antes de morir, los tres grandes volúmenes de *La Biblia del Peregrino. Edición de Estudio* (1996-1997). En la historia de las traducciones bíblicas al castellano, pueden haberse dado ejemplos par-

ciales de mayor calidad literaria, tales por ejemplo —como él mismo reconocía—, las traducciones de algún libro sagrado realizadas en el pasado por Malón de Chaide, Luis de Cabrera, Luis de Palma y, sobre todos ellos, Luis de León; y son también muy dignas de encomio algunas de las versiones completas realizadas en nuestro siglo. Pero no se podrá negar a la traducción de Schökel su singularísimo mérito literario y estilístico, que se manifiesta en el continuo acierto con que se vierten a una lengua llana y sustanciosa los infinitos giros, modismos y otras particularidades lingüísticas y estéticas, propias de aquellas antiguas culturas.

Y al reconocer ahora estos méritos, no estará de más que nos preguntemos cuáles eran los principales presupuestos que Schökel mantenía para conseguir una buena traducción literaria de las Escrituras. Presupuestos teóricos y prácticos, que muy bien podrían aplicarse a la traducción de composiciones no religiosas, con especial conveniencia para los textos poéticos⁸. Comencemos recordando lo que, según Schökel, nunca debería hacerse. Hay que evitar en primer lugar el literalismo, es decir hacer una traducción interlineal, palabra por palabra. Como también son desdeñables las paráfrasis que pretenden explicar lo que las palabras, que se van escogiendo en la propia lengua, no aciertan a decir de por sí. Y, en este sentido, hay que evitar caer en la tentación de querer hacer la traducción más clara que el original, intentando injustamente mejorar el texto primitivo. No; hay que saber aceptar también las imperfecciones y lagunas del texto que se traduce. Por último, hay que rechazar también ese otro tipo de traducciones realizadas a base de gramáticas y diccionarios. Y es que, para nuestro autor, no es nada recomendable ponerse a traducir si no se dominan bien las dos o tres lenguas en cuestión. Precisamente también en esto nos puede servir Schökel de ejemplo, ya que conocía a fondo tanto el hebreo y el griego como el castellano. Y es importante recordar a este propósito la asiduidad con la que frecuentaba Schökel no sólo los textos poéticos castellanos sino algunos poetas en persona, entre los que nos complace recordar aquí a José María Valverde, que revisó poéticamente no pocas traducciones de Schökel, sobre todo las del Nuevo Testamento. Recuérdesse finalmente que Luis Alonso Schökel llegó a publicar un *Diccionario bíblico hebreo-español*, que hasta entonces no existía en España, ade-

⁸ Véanse recogidas de forma sistemática estas ideas en su libro (en colaboración con Eduardo Zurro) *La traducción bíblica: lingüística y estilística* (1977), así como las decenas de artículos publicados en revistas sobre el arte de la traducción. Los 25 primeros títulos aparecidos antes de 1977 están consignados al final del libro antes citado, p. 431.

más del *Diccionario terminológico de la ciencia bíblica* (1980), en colaboración con otros expertos.

Pero, tomadas todas estas cautelas y hechas estas prevenciones, lo que más repetidamente aconsejaba Schökel a los traductores es que intentaran lo que para él era ya un hábito mental indiscutible: la trasposición de los estilos. Había que detenerse largamente a captar no sólo el genio propio de la lengua que se traducía, sino más en particular la singularidad estilística de la obra, que era lo único que iba a permitir el acceso a lo que su autor hubiera experimentado previamente y quiso luego expresar verbalmente de esta manera y no de otra. Con lo cual parecía estarnos diciendo Schökel que traducir era también interpretar, trasladar de una estructura literaria a otra estructura equivalente toda la densidad vital y la fuerza expresiva del mensaje original. Y en consecuencia nos estaba también aconsejando la necesidad de reconocer cuanto antes el género literario de la obra que se traduce, para ofrecerla en el mismo género a los lectores de la otra lengua. Como sería por ejemplo el acertar a hallar para los proverbios de los libros sapienciales sus equivalentes en los refranes castellanos, o para el *Cantar de los cantares*, las formas más adecuadas de la poesía popular amorosa de estilo tradicional⁹.

Amplíemos todavía un poco más las ideas que proponía Schökel para lograr una buena traducción de la poesía bíblica. En la introducción a su magnífica edición de la *Antología de la Poesía bíblica hebrea* (1991), expone el ideal al que él mismo había intentado acercarse, del que recogemos ahora sólo algunas sugerencias literales. «La traducción ha de ser tal que permita al lector gustar los poemas hebreos en su fiel reencarnación. [...] Para ello tiene que cumplir algunas condiciones elementales. La primera y principal es que el traductor practique una especie de bigamia casi sagrada: el traductor ha de ser enteramente fiel a las dos lenguas. [...] Fidelidad que es debida al cuerpo y al espíritu, al aliento poético y no sólo a la materialidad de la lengua. [...] De poesía hebrea amorosa resultará poesía castellana de amor, de refranes hebreos saldrán refranes castellanos, un monólogo dramático de Job se parecerá un poco a un monólogo dramático de Calderón; y así la elegía, la sátira, el poema descriptivo» (pp. 21-23). En resumen, podría decirse

⁹ Son muy interesantes a este respecto las reflexiones que expuso el autor previas a su traducción de esta obra maestra de la poesía amorosa, en *El Cantar de los Cantares. Traducción y notas* (1970, en colaboración), y también el artículo «El "Cantar de los Cantares" y los cancioneros castellanos», en *La Traducción bíblica*, o.c., pp. 126-160.

que debe traducirse un poema de modo que el resultado sea otro poema. Y para ello habrá que atender también muy especialmente a la sonoridad rítmica silábica y no tanto a la rima. Aunque para sus traducciones casi siempre adoptaba Schökel el verso blanco, sin rima, insistía en cambio muy especialmente en la acentuación rítmica y en el vaivén del paralelismo hebreo. Y, como no siempre quedaba satisfecho con sus propias versiones, no tenía ningún reparo en ofrecer a continuación otras traducciones rítmicas realizadas por poetas españoles antiguos y modernos.

5. PRAGMÁTICA LITERARIA

Terminemos añadiendo a todo lo dicho una consideración sobre otro aspecto muy positivo de Schökel, en su infatigable tarea de intérprete literario de la Biblia, cualidad que no suele darse en muchos críticos literarios de nuestro tiempo. Nos referimos a su constante preocupación por el uso de los textos que se analizan o traducen. Es lo que hoy día se llama la «pragmática literaria», el intento de establecer las relaciones entre los signos verbales y sus receptores o usuarios. Para Schökel, en efecto, esta intención estuvo siempre presente en todos sus trabajos de comentarista y de traductor. Sabía perfectamente que la Biblia no es un conjunto de documentos para expertos o iniciados, sino que es un tesoro para el pueblo; la Palabra de Dios que inspirara antaño a algunos escritores privilegiados, estaba destinada a ser recibida como un anuncio actual por los creyentes de todos los tiempos. Por ello la Iglesia ha ido custodiando celosamente estas Escrituras, y las proclama permanentemente en las asambleas litúrgicas de los fieles.

Desde sus primeros años de magisterio como profesor de literatura, estuvo Luis Alonso Schökel interesado en el valor performativo de las palabras, es decir, en ir descubriendo los recursos de que dispone una lengua para actuar eficazmente en los receptores de la misma. En su ulterior y definitivo destino de profesor de teología bíblica se mantuvo y reforzó este interés, acaso como el último objetivo de todos sus trabajos. Pienso que también podría decirse de él lo que confesaba el P. Karl Rahner de sí mismo poco antes de morir: «que él siempre había ejercido de teólogo con miras a la predicación y a la pastoral». Los extraordinarios esfuerzos y cuidados que Schökel invirtió en la interpretación y traducción de las Escrituras sagradas, se orientaban siempre directa o indirectamente al efecto que debían causar en los fieles, y a optimizar el

uso público y privado de todos estos textos. Como estos esfuerzos coincidieron además con la oportuna reforma litúrgica, realizada después del Concilio Vaticano II, tuvo la suerte de que muchas de sus traducciones al castellano pudieran ser introducidas oficialmente en el rezo litúrgico y en la proclamación pública que se verifica en tantas celebraciones de la Iglesia.

Y no se agotaba con ello la preocupación apostólica de este gran científico. También estuvo muy interesado, sobre todo hacia el final de su vida, en divulgar personalmente, de palabra o por escrito, el fundamental mensaje de la Biblia, como materia de meditación y de oración. En efecto, son muchas las publicaciones que Schökel preparó con especial cuidado para ayudar a una mejor comprensión espiritual de la Biblia. Recordemos aquí sólo algunos de sus últimos libros publicados con esta intención: *Meditaciones bíblicas sobre la Escritura* (1987), *Mensaje de los profetas: meditaciones bíblicas* (1991), *Esperanza. Meditaciones bíblicas para la tercera edad* (1991), *Dios Padre. Meditaciones bíblicas* (1994), *Símbolos matrimoniales en la Biblia* (1997), etc.

En este final de milenio la Iglesia católica no parece estar sobrada de artistas profundamente creyentes. Por ello nos parece que el P. Luis Alonso Schökel, admirable como pedagogo, como apóstol de la pluma y como teólogo bíblico, debe ser distinguido también y muy especialmente como el artista creyente que fue. Por lo poco que hayamos podido evocar de su obra en este artículo, ya queda suficientemente claro que fue un gran artista de la palabra, un amante y conocedor profundo de las virtualidades del lenguaje para desvelar estéticamente la verdad y la belleza del alma humana; un gran poeta también, de finísima sensibilidad, para llegar a extasiarse él mismo ante la Palabra inspirada por Dios y hacerla vibrar en nuestro espíritu con los más variados matices y profundas resonancias de esa obra única de poesía humano-divina que es ciertamente la Biblia.